

esas sociedades mundanas, en esas reuniones locas, *te daré* el gozo, el delcete, los placeres. » ¿ Ha cumplido el mentiroso su promesa? Comparad vuestro estado actual con aquel, en que os hablabais el día de vuestra primera comunión; ¿ cuál os parece preferible? En vez del delcete, de los placeres, ¿ no habéis acaso encontrado el fastidio, la tristeza, los remordimientos?... ¡ Ah, amados hermanos míos, al ménos, durante estos días de penitencia, sepamos una vez resistir á estos asaltos, volvamos sinceramente al Señor, á pesar de las sugerencias de Satanás. Sí, volvamos á este Señor Jesús, el Dios de nuestra niñez, él, que siempre fiel á sus promesas, puede sólo hacernos gustar la paz, la verdadera alegría acá en la tierra, y que sólo tambien puede darnos aquella felicidad, aquella bienaventuranza, que durará por toda la eternidad. Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA.

(MAT., XVII, 1-9.)

Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo. — Pruebas de su divinidad; estímulo, para incitarnos á conquistar el cielo.

TEXTO. *Et transfiguratus est ante eos. Et resplenduit facies ejus sicut sol; vestimenta ejus facta sunt alba sicut nix.* Y se transfiguró ante ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve.

EXORDIO. ¡ Qué contraste, hermanos míos entre el Evangelio de este día y el que os explicábamos el último domingo! En uno vimos á Jesucristo sobre un alto monte, á donde le había transportado el demonio, y queriendo que le adorase, le proponía todos los reinos de la tierra... Promesa falsa, porque, como dijimos, no puede el demonio dar nada ni siquiera los frágiles bienes

de este mundo... Hoy, ó glorioso Salvador, estáis tambien sobre un monte alto, á donde habeis conducido á tres de vuestros apóstoles. Ahí os contemplamos resplandeciente y transfigurado!... En efecto, hermanos míos, hé aquí lo que relata nuestro Evangelio. — « Despues de seis días, tomando Jesús consigo á Pedro, Santiago y Juan, su hermano, los llevó aparte á un elevado monte y se transfiguró ante ellos. Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestidos quedaron blancos como la nieve. Y hé aquí que al mismo tiempo se les aparecieron Moisés y Eliás, hablando con Él. Y tomando Pedro la palabra, dijo á Jesús : Señor, bueno es estaros aquí, si gustas, hagamos aquí tres tiendas, una para tí, otra para Moisés, y otra para Eliás. Estando aun hablando, hé aquí que una nube resplandeciente los cubrió, y salió de la nube una voz, que decía : Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis delicias; escuchadle. Y al oír esto los discípulos, cayeron de rostro en tierra, y temieron en gran manera. Llegándose entonces Jesús á ellos, les tocó, y les dijo : levantaos y no temais. Y alzando sus ojos, no vieron á nadie, sino á Jesús sólo. Cuando bajaban del monte, les impuso Jesús precepto, diciendo : No digáis á nadie lo que habeis visto, hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos. »

PROPOSICIÓN. Quizás, hermanos míos, comparando el momento tan corto de la Transfiguración con las horas tan largas y penosas de la Pasion del Salvador, debería mostraros, á propósito de este Evangelio, que los goces de la tierra son raros y cortos, que mucho más numerosas y largas son acá bajo las penas, las desgracias y aflicciones. Sin embargo, me detengo en otra consideración, y quiero con el auxilio de Dios explicaros cual ha sido el intento, el fin de Nuestro Señor en su Transfiguración.

DIVISION. Entre otras razones, que podríamos dar con respecto á este misterio, me detendré en las dos siguientes : *Primera-mente*, esta Transfiguración tuvo lugar, para dar una prueba evidente de la divinidad de nuestro Salvador; *Segundo*, tuvo aun por fin animar y fortalecer la debilidad de nuestra fé, mostrándonos la recompensa prometida.

Primera parte. La Transfiguración tuvo lugar, para dar á los Apóstoles una prueba evidente de la divinidad del Salvador. Pocos días ántes, había hablado Nuestro Señor á sus discípulos de la Pasión, que debía sufrir; les había dicho que padecería mucho en Jerusalem, y que perdería la vida en élla. Había aun añadido, que cualquiera que quisiere venir en pos de Él, debía tomar su cruz, y sacrificar su vida, para merecer una recompensa eterna. Les había asimismo asegurado, que algunos de ellos no gustarian la muerte, hasta que hubiesen visto la gloria del Higo del Hombre... Hé aquí que va á cumplir esta promesa, y confirmar la autoridad de su doctrina, manifestando á algunos de ellos su divinidad de la manera más clara.

Sin duda alguna, las maravillas, que Jesús había obrado, los numerosos milagros, que había hecho, tantos poseidos, que había libertado, los ciegos, á quienes había dado la vista, los sordos, que habían recobrado el oído, el sinnúmero de enfermos, que había curado, los muertos, que había resucitado, todos estos prodigios se ponían en pié, por decirlo así, como otros tantos testigos, proclamando que era Dios... Pero, ¿no se había visto tambien á Santos personajes, que, bajo la antigua ley, obraron cosas sorprendentes? Moisés había castigado á Egipto con plagas terribles; Josué había detenido el sol en su carrera; Eliseo había sanado á Naaman, y resucitado á un muerto! Unos espíritus, todavía groseros é ignorantes, no podían comprender la diferencia, que había entre los milagros del Salvador y aquellos, que habían obrado los justos de la antigua ley... Sin duda alguna tambien una semana ántes, cuando el Salvador preguntaba á sus Apóstoles lo que pensaban de Él, en medio de la indecision de los otros, había san Pedro exclamado con energía: *Sóis el Cristo, el Hijo del Dios vivo.* Pero esto era en algun modo un testimonio aislado. Deseando todavía confirmar la fé de este Apóstol y dar á los otros una prueba evidente de su divinidad, toma consigo á tres de ellos; tres testigos honrados son suficientes para atestiguar la verdad de un hecho. Tomó solamente tres de ellos, porque su Transfiguración debía quedar secreta hasta el día de su Resurrección,

quizás para mostrarnos, que entre muchos llamados, son pocos los escogidos... Toma, pues, consigo á Pedro, Santiago y Juan: ¿Qué va á hacer?

¡Ah, hermanos míos, si no nos es permitido á nosotros acompañarles, sigámosles al ménos con los ojos del espíritu y del corazón. ¡Vedlos como suben por los flancos escarpados de aquel elevado monte! Santos Apóstoles no sentiréis la fatiga, Jesús marcha á vuestra cabeza y os anima, y con Jesús todo trabajo es fácil, toda pena lijera! Una vez llegados á la cima del Tabor, se entregan á la oración; hé aquí que de repente el Salvador se transfigura!... De la misma manera que el agua, desde largo tiempo detenida, se precipita con rapidez, cuando se rompe el dique, que la mantenía cantiva; así la gloria de la divinidad, por mucho tiempo comprimida bajo la envoltura mortal del Salvador, resplandece súbitamente. Jesús ha por un instante suspendido el milagro, que la velaba, y hé aquí que se difunde y rebosa con una dulce impetuosidad.

El Tabor queda alumbrado por élla, y de aquí adelante se llamará *el monte santo*... El rostro de Jesús resplandece como el sol, y esta gloria penetrando hasta sus vestiduras, les comunica la albura de la nieve. Al rededor de élla se exhala un perfume de dicha, una atmósfera de felicidad, que embalsama y regocija el corazón de los Apóstoles; ellos gustan y saborean los deleites del Paraíso!... ¡Ah, cuando despues veais á vuestro divino Maestro humillado, anonadado desfigurado y cargado de una pesada cruz, expirando sobre el Calvario entre dos ladrones, no, santos Apóstoles, no olvidaréis el Tabor, recordaréis que es Dios, que se ha dignado mostrarnos un rayo de su gloria!... Pero, Pedro deslumbrado, lleno de júbilo y alegría, no quiere abandonar el Santo Monte — *Señor, exclama, bueno es estarnos aquí.* — No, Pedro, nos es menester bajar; es preciso que Jesús beba el cáliz de su Pasión. Esto se ha hecho para fortalecer vuestra fé y daros una prueba más de su divinidad. ¿No le habéis oído entretenerse con Moisés y Elías de los trabajos, que tiene dentro de poco que sufrir en Jerusalem?

En efecto, hermanos míos, Moisés y Elías asistían á esta gloriosa Transfiguración, como para atestiguar que, Jesucristo habia venido á cumplir con la ley y realizar todas las predicciones de los Profetas.

Pero, ¿qué otro prodigio se efectúa aun sobre el Tabor? Una nube luminosa cubre el monte, y envuelve al Salvador transfigurado; una estruendosa voz, la voz de Padre eterno, da nuevo testimonio de Nuestro Señor: *Este es mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis delicias, escuchadle.* Al oír esta majestuosa voz, se vieron los discípulos poseidos de tal terror, que cayeron de cara en el suelo. Entónces se acerca Jesús á ellos, les toca y dice: *Levantaos y no temais.* Y cuando bajaban del monte, les manda que no hablen á nadie del prodigio, de que acaban de ser testigos. Y ved ahí, hermanos míos, otra prueba manifiesta de la divinidad del Salvador en esta voz del Padre Eterno, que viene á darle testimonio. Largo tiempo despues, san Pedro, ya anciano y estando á punto de sufrir el martirio, se acordaba con gran contento de esta tierna visión, cuando escribía á los fieles: No apoyándonos en fábulas con arte compuestas, os hemos predicado la omnipotencia de Jesucristo; sino que nosotros mismos hemos sido testigos presenciales de su grandeza, hemos oído la voz del Padre publicando su honor y gloria; esta voz estruendosa saliendo de entre una nube decia: Hé aquí mi Hijo muy amado, en quien he puesto todas mis delicias, oídele. Sí, nosotros mismos oímos esta voz, que procedía de las alturas, cuando con Él estábamos en la cima del *monte santo*.

No, el Apóstol no podia olvidar tan glorioso acontecimiento de su divino Maestro, ni tan evidente prueba de su divinidad....

Segunda parte. He añadido que la Transfiguración debía no sólo probar la divinidad del Salvador, sino tambien que tenía por fin animar y fortalecer la debilidad de nuestra fé, mostrándonos y recordándonos las recompensas prometidas.

Os lo hé dicho ya, las enseñanzas, que el Salvador acababa de dar á sus discípulos, podían parecer duras y severas. El renunciar á sí mismo, tomar su cruz, sacrificar su vida, si es necesario, ¿no

es ésto, hermanos míos, algo difícil y penoso para la pobre naturaleza humana? Estad seguros, que lo juzgaban así los mismos Apóstoles. Pero al transfigurarse y al mostrar á algunos de ellos un rayo de su celestial gloria, era lo mismo, que si les hubiese dicho: « Es cosa penosa y difícil, lo confieso, el llevar su cruz, el mortificar su carne, el renunciar á sus pasiones, el reprimirlas, el dar, si es menester, su vida para permanecer fiel á la verdad y á la virtud; el sufrir las persecuciones, el conservar su alma en paz en medio de los más terribles ataques; sin embargo, considerad la recompensa. Que tres de vosotros vengan conmigo, y les mostraré la felicidad, que os está reservada. »

Por eso ved, hermanos míos, como el pensamiento de esta recompensa ha animado y fortalecido á los Apóstoles ¿Cuántos trabajos emprendidos, cuántas fatigas experimentadas por la propagación del Evangelio! No es esto todo. ¿Cuántos malos tratamientos han tenido ellos que sobrellevar, y qué cruel muerte no sufrieron á fin de obtener esta recompensa! A excepción de san Juan, el que salió vivo de una caldera de aceite hirviendo, todos murieron mártires. Teneis á Santiago expirando lentamente á los golpes de los azotes; teneis á San Pedro, clavado en una cruz, la cabeza abajo; San Pablo pereciendo por la espada; Santo Tomás, dilacerado por los idólatras, san Bartolomé, desollado vivo; teneis á San Andrés, que, con los ojos fijos en cielo, en donde ya entrevé la recompensa, que le espera, saluda la cruz, sobre la cual va á morir, diciendo: ¡Oh, buena cruz, recíbeme en tus brazos, como recibiste á mi divino Maestro, y que dentro de poco vaya mi alma á gozar de su presencia!

Y no son sólo los Apóstoles los que fueron animados y fortalecidos por esta gloria y felicidad celestial, uno de cuyos rayos se habia manifestado sobre el Tabor!... ¿Quién sostenía á San Estéban, cuando recibía tan pacientemente y rogando por sus verdugos, aquella granizada de piedras, que llovian sobre él? Él mismo nos lo enseña; era una aparición casi semejante á aquella del Tabor: « Veo, decia, los cielos abiertos, y al Hijo de Dios sentado á la derecha de su Padre » ¿Quién daba fuerzas á

San Lorenzo en aquellas parrillas, en donde el fuego devoraba sus huesos? ¿Quién fortificaba á San Vicente, molido sobre trozos de vidrio y sobre pedazos de tejas? ¿Podría olvidaros á vos, modelo de madres cristianas? Vuestro hijo Sinforiano, jóven aun, es arrebatado de vuestros brazos, echado á un oscuro calabozo, y sentenciado á muerte.

Ya una turba, ébria de furor é impiedad, le arrastra hasta el lugar de su suplicio. ¡Pobre madre! os veo acudir á su encuentro. Sin duda alguna, venís á pedir su gracia, á procurar aplacar al tirano, que le ha sentenciado, y á los verdugos, que van á ejecutar la sentencia!... Escuchad, hermanos míos, las palabras de esta mujer heroica! Hijo mio, hijo mio, acuérdate de la vida eterna, mira al cielo y ve á Dios, que te está esperando.

Si, hermanos míos, el pensamiento del cielo, el deseo de obtener las recompensas eternas ha sostenido el ánimo de los santos y fortalecido su debilidad. Se ha visto, ¡oh prodigio! á muchas jóvenes débiles y delicadas, que no podían soportar la vista de una espada desnuda, que temblaban quizás á vista de un lagarto, de una araña; se las ha visto, repito, ponerse sin miedo delante de los toros, de las serpientes, de los leones y tigres, despreciando las espadas y sufriendo con alegría los más horribles suplicios. ¡Oh! este prodigio no debe sorprendernos: la fé les mostraba la corona, que tenían preparada; sus ojos estaban fijos en el cielo; éllas tenían ansia de ir á gozar de la felicidad prometida...

Me complazco, hermanos míos, en hablaros de los santos. En las familias nobles, se mira como un placer el relatar las grandes hazañas de sus abuelos. En cuanto á nosotros, cristianos, las vidas de los santos son nuestros archivos de familia, debemos complacernos en registrarlos. Al citar sus ejemplos, mi intencion es recordaros, que podemos con la gracia de Dios, andar sobre sus pasos, y que somos convidados á participar un día de su recompensa. Pues bien, amados hermanos míos, ¿seguimos nosotros, como éllos, el camino que ha de conducirnos al cielo?...

Un día dos hombres instruidos pidieron á San Moisés, abad, algunas palabras de edificación, que pudieran sérles útiles. Hé

aquí lo que les respondió: « Cada hombre, que vive sobre la tierra tiene un fin, al cual refiere todos sus pensamientos, hácia el cual dirige sus actos, á fin de que pueda alcanzarlo más fácilmente... El que se halla enredado en pleitos, tiene por fin obtener una sentencia favorable; para lograr eso no deja piedra por mover, examina sus títulos, consulta á los abogados, solicita á los jueces,... el labrador tiene por objeto obtener una cosecha rica y abundante; á esto tienden todos sus esfuerzos: él labra, él siembra, él desafía el frio, la lluvia, los calores, para lograr este resultado. El fin del comerciante es enriquecerse, ¡cuántos cuidados y zozobras tiene que sufrir, para conseguirlo! Se muestra obsequioso, afable con todos, recorre las ferias, tiene sus correspondencias, trata de averiguar en que lugar podrá comprar lo más barato, y como podrá vender lo más caro. En cuanto á nosotros, cristianos, debemos tambien tener un fin, una intención, hacia la cual han de dirigirse todas nuestras acciones. Decidme, ¿para qué os ha criado Dios?

Esto, respondieron, los dos visitantes, no es difícil de resolver, estamos sobre la tierra para alcanzar el reino de los cielos. Tal es el fin, por el cual nos ha puesto aquí Dios. « Excelente respuesta, prosigue el santo abad, tened siempre, pues, este fin á la vista, haced de él el objeto de vuestros actos. Seríais insensatos en aspirar al reino de los cielos, reconocer que allí está el fin verdadero, que tenéis que perseguir, y no hacer nada para conseguirlo. » Los dos visitantes recordaron siempre esta lección, y ambos murieron santamente, despues de haber edificado con sus virtudes los religiosos, puestos bajo su dirección.

PERORACIÓN. Amados hermanos míos, que me sea permitido al terminar, dirigiros esta misma pregunta: Por qué estáis sobre la tierra? por qué razon, por qué fin os ha puesto Dios en este mundo? ¡Oh, todos me responderéis con estas palabras, que vosotros mismos enseñais á vuestros niños. Estamos sobre la tierra para conocer á Dios, amarle, servirle y poseerle un día en el cielo. Si pues es este realmente nuestro fin, si el cielo es nuestra patria, si nuestros pensamientos todos, si todas nuestras

acciones tienen por objeto el conseguirlo algún día, veamos, hermanos míos, en donde estamos. Hé aquí un tiempo propicio para reflexionar, hé aquí, según la palabra del Apóstol, que estamos en días de salvación; el santo tiempo de la Cuaresma no es solamente un tiempo de [penitencia, debe ser un tiempo de conversiones y reflexiones serias. ¿Pensamos verdaderamente en el cielo? ¿Qué hemos hecho hasta ahora para merecerlo? ¿Cuáles es el estado de nuestra alma? Investiguemos hasta el último rincón de nuestra conciencia. ¿Qué encontramos en ella? No sólo muchas imperfecciones y miserias, sino ¡cuántos pecados, que no hemos confesado! ¡cuántas iniquidades, por las cuales no hemos hecho penitencia!...

¡Oh Jesús, reconocémoslo, no estamos en el camino que ha de conducirnos al cielo. ¡Cuán necesaria nos es vuestra misericordia, ó bondadoso Salvador! Pues bien, aquella misericordia se nos ofrece de uno modo mas especial en este santo tiempo. Pero pongamos cuidado en no menospreciarla, no sofoquemos las buenas aspiraciones en nuestro corazón; fijemos para animar nuestra flaqueza nuestros ojos en el cielo. Para nosotros será entonces la alegría, serán las delicias y la felicidad, de que gozan los santos, si sabemos triunfar de nuestra flojedad; nuestro será el Paraíso, si queremos hacer una buena confesión y volver á entrar en gracia con Dios. Ved pues esa gloria, que se nos tiene prometida, y este reino que nos está preparado desde el principio del mundo. Allí Dios enjugará nuestras lágrimas, recompensará nuestros esfuerzos y coronará nuestros méritos. Allí glorificados para siempre jamás, dichosos con la posesión de Dios, diremos aun con mas ardor que san Pedro: *Bonum est nos hic esse*. ¡Cuán bueno es estar aquí! Y esta bienaventuranza será nuestra herencia por toda la eternidad;... Oh!... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL TERCER DOMINGO DE CUARESMA.

(LUC, XI, 14-28.)

Lo que entender debemos por « no estar con Jesús, y no recoger con Él. »

Qui non est mecum, contra me est; et qui non colligit mecum, dispergit. Él que no está conmigo contra mí está, y él que conmigo no recoge, desperrama.

EXORPIO. Hermanos míos, hé aquí lo que leemos en el Evangelio del día de hoy: « Estaba Jesús lanzando un demonio, que era mudo, y habiendo lanzado el demonio, habló el mudo, y se admiró mucho el pueblo. Mas algunos de ellos dijeron: En virtud de Beelzebub, príncipe de los demonios, lanza los demonios. Y otros para tentarle le pedían algún prodigio en el cielo. Y él, que conoció luego sus pensamientos, les dijo: Todo reino en sí mismo dividido será destruido, y una casa dividida contra sí misma, caerá. Si pues Satanás está dividido contra sí mismo, ¿cómo estará en pie su reino?... Vosotros pues decid que yo lanzo los demonios por virtud de Beelzebub; pero si lanzo los demonios por virtud de Beelzebub, vuestros hijos en virtud de quién los lanzan? Por eso ellos mismos serán vuestros jueces. Mas si en virtud del dedo de Dios lanzo yo los demonios, no hay duda que el reino del Dios ha venido á vosotros. Cuando un hombre fuerte y bien armado guarda la entrada de su casa, todo lo que posee está seguro, pero si sobreviniendo otro más fuerte que él, le vence, le quitará todas sus armas, en que tenia puesta su confianza, y repartirá sus despojos. Él que no está conmigo contra mí está, y él que conmigo no recoge, desperrama. Cuando el espíritu inundo ha salido de algún hombre, anda por lugares áridos buscando descanso, y no hallándole, dice; volveré á mi casa, de donde salí, y